

"V" DE VIGOR

miguel ángel herrero salvador



Capítulo 1

"V" DE VIGOR

Al volante del bus municipal iba una mujer menuda y obesa a la que Higinio dio las buenas noches cuando subió y pasó su tarjeta de transporte por el lector. En el interior, caldeado por la calefacción, se desperdigaban en los asientos unos cuantos pensionistas y al fondo del todo un pequeño grupo de estudiantes de instituto, atentos a las pantallas de sus teléfonos móviles. En la calle se imponía la noche invernal, fría y a ratos lluviosa, de principios de febrero. Higinio avanzó entre los muchos asientos libres, y al pasar por el centro, frente a las puertas de salida, en un espacio rectangular delimitado por barras y habilitado para carros de bebés y sillas de ruedas, le llamó la atención una chica joven que se apoyaba en el ventanal tecleando concentrada en el móvil con sus dedos anillados. Era una tirilla de ojos grandes y oscuros y una boca de labios finos que llevaba el pelo parcialmente rapado en una de sus sienes con un par de gruesas rastas colgantes que le nacían en la coronilla. Un piercing en su chata nariz y varias perforaciones en el arco de ambas orejas servían de contraste a la total ausencia de maquillaje en su rostro. Higinio ocupó el asiento más cercano a ella, tanto que casi pudo ver a través de la mampara de metacrilato lo que estaba escribiendo por el whatsapp. Luego sacó del bolsillo de su abrigo un ejemplar de tapas blandas de la novela *Mystic River* y se puso a leer. Un par de paradas después subieron un matrimonio de ancianos del brazo con un paraguas que goteaba y dos veinteañeros, uno de ellos rechoncho, con un gorro de lana negro en la cabeza y el otro, más alto y corpulento, que descubrió una incipiente alopecia al bajar la capucha de su sudadera gris. Sus chupas verde oliva abiertas estaban moteadas de gotas de lluvia. Tras picar sus billetes se quedaron de pie junto a la chica, los brazos cruzados, sendos móviles en las manos. Higinio levantó la vista de la página y vio cómo repasaban a la chica de arriba abajo, se echaban a reír y se quedaban mirándola de hito en hito, como si la conociesen de algo o estuvieran fijándose en las palabras de color rojo *Antifascista siempre* que tenía impresas en su camiseta negra. Por encima de la camiseta alusiva llevaba una vieja y holgada chaqueta de cuero marrón con las mangas recogidas y una pequeña mochila a la espalda. Se movieron ligeramente musitando entre ellos (aparte de seguir con sus risas, cada vez más indiscretas, Higinio creyó escuchar la palabra "mamarracho") hasta que arrinconaron a la muchacha, y el corpulento empezó a decirle al otro que allí olía a guarro y a bollera, que era insoportable el olor. El chaparro se plantó ante ella y a media voz, aunque Higinio le estaba escuchando sin necesidad de aguzar el oído, le dijo si podía explicarle lo de la camiseta, que si le gustaba ir

provocando por ahí, puta bollera. Los pocos viajeros circunstantes, que a la fuerza debían de estar escuchándole también, no decían nada, no hacían nada, no querían enterarse de nada. La chica se ahogaba en la angustia de su propio silencio con la cabeza inclinada en su teléfono, sin posibilidad de escape. "¡Eh!, puta bollera, mírame por lo menos, ten un poco de educación, puta bollera"... "Qué, ¿te ha comido la lengua el gato, puta bollera?..." "¡Por qué no la dejáis en paz!", les espetó Higinio, incorporándose de su asiento al tiempo que metía su libro en el bolsillo del abrigo y se unía al trío. "¿Qué dices?", le preguntó el del gorro. Y colocándose junto a la chica con los brazos en jarra, tranquilo pero tenso y expectante, Higinio dijo alto y claro: "Que por qué no la dejáis tranquila... Vamos, ¡aire!". En muchas ocasiones del pasado su sola presencia intimidatoria (ciento noventa y un centímetros y casi tres dígitos de peso combinados con un chocante rostro pecoso, barbilampiño, que no le pegaba nada) había sido suficiente. Higinio sabía que en general las personas no quieren líos, huyen de los enfrentamientos donde se vislumbra la violencia. En general. El autobús se detuvo en un semáforo y algunos viajeros, saliendo de su fingida distracción, volvieron la cabeza hacia donde estaba Higinio con los jóvenes. "Esta movida no va contigo... Por qué no te metes en tus asuntos", dijo el más grande observando a aquel bigardo pelirrojo con cara de infante, cuello de toro y vozarrón de bucanero de quien le separaba tan sólo unos pocos centímetros. "Yo decido cuál es mi asunto. Venga, id a cascárosla por ahí". "Y si no qué, ¿eh?... Y si no qué...", le replicó poniéndose de puntillas, farruco, el tronco inclinado hacia delante, el índice derecho amenazante, retador, el mentón alzado, tensas las facciones del rostro. La descomunal bofetada que Higinio le plantó de lleno en la cara estuvo a punto de hacerle caer al suelo. Se sostuvo entre el hombro de su compinche y una de las barras que servían de asidero. Sin armar apenas el brazo derecho por la falta de espacio, el guantazo le salió a Higinio de forma instintiva. Porque Higinio ya había visto antes esa determinación depredadora en la mirada siniestra y brillante del oponente. Era inconfundible, al menos para él. El otro se quedó paralizado, presa de la estupefacción, igual que el resto de viajeros. Casi a la vez, coincidiendo con una nueva parada y la apertura de puertas, los dos jóvenes se bajaron precipitadamente. "¡Me he quedado con tu jeta, *hijodelagranputa!*", le escupió al saltar del autobús, rabioso, el que había recibido la hostia, a salvo ya del alcance de Higinio. Algunos viajeros, los más cercanos al altercado y que eran también los de mayor edad, aplaudieron espontáneamente a Higinio y le cubrieron de alabanzas: "¡Muy bien!"; "¡Así se hace!"; "¡Más personas como usted tendría que haber!". La conductora, entre la ignorancia inicial y el desconcierto posterior, había seguido conduciendo y sólo había salido de su cubículo, alertada por un jubulado, cuando la trifulca ya había concluido, por lo que no tuvo siquiera que dar parte.

En cuanto el autobús reanudó la marcha la chica se acercó a Higinio, que aún seguía de pie, y al borde de las lágrimas le dio las gracias mientras sus delgados brazos lo envolvían con una vehemencia desbordante, con

esa necesidad con la que una hija pequeña abraza a un padre que sabe fuerte, protector, infalible. Depositó un momento su cabeza en el poderoso tórax de Higinio, y éste pudo sentir su respiración agitada, su cuerpo que temblaba levemente. Sorprendido casi hasta la incomodidad con aquella reacción inesperada, Higinio le permitió que se calmara un instante al tiempo que le llegaba el olor rancio de tabaco en sus ropas algo húmedas y en su pelo, le daba palmaditas en la espalda y le decía que no había sido para tanto. Luego le preguntó si acaso los conocía y al separarse ella le dijo que sí, que de vista a uno de ellos, el más bajo, que creía que pertenecían a un grupo ultra vinculado al equipo de fútbol, que no era la primera vez que se metían con determinada gente. Al cabo, como la siguiente parada era la de Higinio, antes de despedirse le aconsejó que tuviera cuidado en el futuro.

Higinio flotaba por la acera camino a su casa sintiendo todavía el agradable torrente de la adrenalina por sus venas. El instinto persistía y afloraba a pesar del tiempo transcurrido. Y sonreía mientras evocaba otras ocasiones en que había dado la cara (sin importarle que se la partieran) por los amigos en movidas similares a la que acababa de vivir en el autobús con esos dos mierdas. De hecho, ellos habían estado encantados de poder contar en la cuadrilla con alguien como Higinio, pues con su ríspido carácter, que jamás le hacía rehuir una pelea, sobre todo cuando entendía que la razón estaba de su parte, les había sacado de más de un aprieto. Un amigo de entonces, estudiante luego de filología en la universidad, achacaba dicho comportamiento a su nombre, de origen griego, cuyo significado tenía que ver mucho con el vigor y la salud. De ahí decía su amigo con sorna que debía de provenir su ímpetu vital.

O quizá fuera que desde bien pequeño Higinio se había relacionado con la violencia, su personalidad se había amasado con ella durante ciertos periodos de su vida al tener que curtirse en un barrio de convivencia exigente cuando no abiertamente peligrosa, con enseñanzas callejeras fundamentadas en el concepto primordial del respeto. Respeto mutuo, sí, y también lealtad. Eran los años ochenta, en aquella parte del país, en aquella ciudad, en aquel barrio, y ya está. A Higinio esas lecciones de supervivencia básica se las había inculcado su hermano mayor y algunos de sus amigos. Su achacoso padre (trabajador de la construcción) no estaba por aquel entonces para pamplinas. Pasados los años, cuando empezó a ejercer de *segurata* en las puertas de algunos locales de ocio, desde salas de conciertos a discotecas de clientela chungu, esos estallidos de violencia defensiva se habían producido inconscientemente más a menudo de lo que hubiese deseado. Pero iba con su trabajo. Y en aquel tiempo tampoco pasaba nada, no se había sentido examinado con lupa constantemente porque no habían existido los remilgos actuales, pensaba Higinio, para quien se estaba conformando una sociedad meliflua, sin coraje, picajosa por su mojigatería, propensa a las carantoñas y a una intolerancia revestida de puritanismo y miramiento. La probada eficacia de la violencia a tiempo y en una medida justa, frente a la del argumento y la

concordia fútiles según con quién y cuándo, reforzaba su confianza en los métodos coercitivos de la fuerza bruta. Era de lo más simple y ancestral, le pesara a quien le pesara. Sí, la violencia confería poder, la violencia era útil, ¡joder si lo era!, que se lo preguntasen a la chica... ¿Esgrimir razones, por muy bienintencionadas que fueran, para apaciguar a un matón borracho o drogado, a un camorrista de lo más cerril? Vamos, había que ser muy ingenuo o muy pusilánime para creer de verdad en algo así. Como cuando le despidieron de la empresa de vigilancia por propinar una paliza a un cretino que se empeñó en fumar un porro a pesar de sus reiterados avisos en contra. A veces Higinio sentía nostalgia de los viejos tiempos. Lo constataba con temor en su hijo de catorce años, en el grupo de sus blanditos y risueños amigos. Al respecto, Higinio lo tenía claro: les había faltado bandearse en la calle, les habían sobrado sobreprotección familiar y actividades extraescolares. Pero Higinio no pensaba claudicar. Si alguien lo buscaba le iba a tener enfrente, eso seguro. Sin un paso atrás. Sólido como el granito, como cuando jugaba en la cancha. Fue en su tiempo un lateral de balonmano tremendo, al que expulsaban asiduamente debido a un exceso de agresividad, según sus rivales, de intensidad dilatada, según sus compañeros. Una intensidad que no se había quedado sólo en el campo. Su ira, aun cuando a menudo se tratase de una ira interna y silenciosa, casi siempre había ido ligada a la violencia. Es cierto que la mayoría de las veces había existido un motivo, pero también hubo excepciones, convenientemente sepultadas por Higinio en la desmemoria, en las que sólo había sido por cortar las amarras del tedio.

Higinio subió por las escaleras cinco pisos y entró en su domicilio saludando con ánimo inmejorable:

“¡Buenas noches!”

Ya en la cama, el hijo de Higinio abrió el diario que llevaba desde primeros de año (*Diario de Darío*, le molaba el juego fonético) y escribió el apunte más extenso hasta la fecha:

Hoy a la noche papá ha llegado del trabajo extraordinariamente contento. Y no parecía que hubiese empujado el codo. Desconozco lo que le ha podido ocurrir, pero no le recordaba así desde hacía mucho tiempo. Estaba hablador, relajado, sospechosamente relajado. Era una persona tan distinta de la que estuvo en el paro aquellos meses porque le despidieron injustamente, según él. Hasta que encontró un nuevo empleo se pasó los días dándole a la cerveza y cabreado por todo y con todos. Y aunque muchas veces su carácter le lleva a hacer lo que menos le conviene para después tener que arrepentirse, en el fondo papá es una buena persona. Durante la cena en la cocina se ha permitido algunas bromas, y eso que al inicio mamá tiró sin querer un vaso de agua sobre el mantel y le mojó los pantalones. Pero no le ha importado, no ha pasado

nada. A mamá también se la veía muy feliz. A veces me pregunto si continúa queriendo a papá igual que al principio... No lo sé, pero el caso es que ahí sigue con él después de casi veinte años, como si todo lo que ha venido haciéndole no existiera. Luego papá me ha preguntado qué tal me había ido en el instituto, y yo, que estaba algo mosca, pendiente de cuándo aquella calma daría paso a la temida tormenta, le he dicho que bien, no me he atrevido a contarle que había suspendido un reciente control de mates. Antes de irme a leer a mi habitación me ha dado las buenas noches y un beso mientras veía la tele sentado en el sofá junto a mi madre. Todo muy raro, pero muy bonito. Demasiado. Casi perfecto. A ver lo que dura...